

Cuentos a la niña de cristal

Los chicos del barrio solían apodar a Ainhoa “la niña de cristal”. Y, no se equivocaban en absoluto.

Ciertamente, Ainhoa no era una chica débil, de espíritu inexistente; al contrario: quizás supiera mejor que nadie cuán dura podía ser la vida, y lo importante que era luchar. Su problema no era algo espiritual, sino físico.

La enfermedad de los huesos de cristal era tan extraña e inusual que, ni a año 2093 que estaban, se le había prestado la suficiente atención.

Cada mañana al despertarse, la chica rezaba y daba gracias a Dios, porque sabía que había cosas mucho peores. En fin, después de todo, respiraba, y era capaz de realizar gran parte de sus funciones; aunque con ciertos impedimentos. Por ejemplo, acompañar a su madre al supermercado sería toda una odisea para ella. Un profesor particular iba a darle clases a su casa, porque el instituto de su barrio se hallaba demasiado lejos como para correr el riesgo de desplazarse hasta allí. Cuando quería ver una película con sus amigas, tenía que invitarlas a casa, a verla en la televisión de su pequeña habitación.

Sus huesos corrían el peligro de fracturarse con cualquier movimiento que para ti o para mí fuese “normal”, y como no es que hubiese muchos tratamientos o siquiera medicaciones, el mejor remedio era pasar la mayor parte de su día en la cama.

Muchos pensarán que esto debía suponer una vida bastante monótona, deprimente.

La mayor parte del día, así era. Sin embargo, cuando llegaba la noche, todo cambiaba para ella: su abuela, una longeva y famosa bailarina de ballet ya retirada, se dirigía a su cuarto, se aposentaba en la esquina de su cama, y le contaba algún *cuento*. No eran historias de princesas que besaban ranas, mientras esperaban encontrar su príncipe azul, no; eran aquellas desventuras que el mundo del baile habían supuesto para su admirada abuela. A veces, ni siquiera hablaba; sólo le mostraba alguna fotografía, le enseñaba alguna de sus zapatillas de baile, o le tarareaba la melodía de algún ballet.

Para la chica, aquello representaba lo imposible; su enfermedad nunca le permitiría bailar de esa forma ingravida en que lo hacía la abuela. Pero también era lo único que le dejaba soñar, aunque fuera un instante: la manera pausada y delicada de narrar de su abuela, hacía a la chica meterse de tal forma en la historia, que podía sentirse como la verdadera *protagonista* de aquellos episodios.

La mañana de su decimoquinto cumpleaños, sus padres entraron en su dormitorio con las manos tras la espalda y una amplia sonrisa iluminándoles el rostro.

-Feliz cumpleaños, cariño. Para ti- le susurró su madre, mientras le tendía un suntuoso paquete envuelto en un precioso papel de regalo azul noche.

La muchacha, algo somnolienta aún, abrió mucho los ojos y sonrió felizmente mientras abría el regalo.

Oh, Dios, un ordenador última generación. Tenía imágenes en 4D, teclado holográfico, traductor automático... Y, además, incorporaba la más novedosa aplicación: en lugar de videollamadas, cuando hablaba con alguien se formaba un holograma a escala de esa persona y el lugar donde se encontrara.

-Vaya...- miró a sus padres. Sabía lo difícil que era para ellos sobrellevar su *problema*; y los esfuerzos que hacían por hacerla feliz. No sería capaz de demostrarles lo agradecida que hubiese estado aunque sólo le hubiesen comprado unos calcetines- Muchísimas gracias, no sabéis cuánto. Os quiero mucho.

Su padre se acercó y le besó lo más suave que pudo la cima de la cabeza. Claro, un abrazo demasiado cariñoso podría ser un problema para ella.

-Ahora podrás hablar con tus amigos sin necesidad de que vengan a la casa a verte.

Asintió, y sus padres le dedicaron una última sonrisa mientras salían del cuarto.

Encendió el ordenador. El resto de la tarde la dedicó a crearse un perfil en una red social y a chatear con sus amigos. Bueno, con sus amigos y con muchas más personas. ¡Incluso con gente de

países con otra lengua!

Por fin había descubierto la forma de ser simplemente “Ainhoa”, sin que nadie le dedicara una mirada de compasión por no poder hacer la mayoría de las cosas que un adolescente común hacía.

Cuando, por la noche llegó su abuela para la habitual *hora del cuento*, estaba absorta en mitad de una conversación con un chico de México D.F. Cerró con un rápido movimiento la conversación, desapareciendo así la imagen holográfica del muchacho.

-Feliz cumpleaños a mi princesita- le dijo al entrar.

-Gracias- musitó, sin retirar la vista de la pantalla.

-¿Preparada para la historia de esta noche? Había pensado contarte algo sobre...

-Eh, Abuela- se esforzó por mostrarle su mirada más dulce- creo que podríamos empezar a dejar el cuento para una noche sí y otra no, ¿qué te parece? ¿Y vienes mejor mañana a contármelo?

La abuela clavó su vista en el ordenador y asintió, el gesto cansado, como si ya hubiera vivido eso antes.

-Claro... Mañana. Buenas noches. No te pases la noche conectada a Internet- murmuró a la vez que la puerta se cerraba tras ella.

A la noche siguiente, la chica se encontraba visualizando varios vídeos musicales y hablando con una chica de Polonia, un niño de Chile y una joven japonesa.

-Buenas noches, cielo- la sobresaltó la relajada voz de su abuela. Cerró de nuevo las conversaciones.

-Eh... Hola, Abuela. ¿Hoy era cuando me ibas a contar una historia?- apartó con delicadeza el ordenador de su regazo, y observó la expresión inerte en el rostro de su abuela- ¿Ocurre algo?

-Lo olvidaste.- comentó ésta, entre dientes- Es la primera vez en quince años que olvidas que vengo a contarte una historia.

Ainhoa bajó la vista, avergonzada. El rubor subía a través de su cuello; podía sentir la mirada de reproche de su abuela.

Sin embargo, ella sólo suspiró. Se acomodó la falda y se sentó en su habitual lugar, en la esquina de la cama.

-Creo que sabrás ya que Internet y yo no somos grandes amigos.

-No entiendo por qué. Abuela, Internet me está permitiendo acercarme a personas lejanas, entablar amistades, ser yo misma.

Otro largo suspiro por parte de la anciana. Se acomodó un mechón de ceniciento cabello tras la oreja, y miró a su nieta con ternura. Sus ojos se velaron por la nostalgia, mientras le decía a Ainhoa:

-¿Recuerdas cuando te contaba que iba a una academia de baile? Había una chica en mi academia, tenía mi misma edad. Se llamaba... Rebeca.

-¿Qué le sucedió?

-Mmmm... Hará unos ochenta años, sí, en el 2013. Rebeca tenía tu edad por aquel entonces...

“Era una chica espigada, de cabello cobrizo y ojos azules. Tenía la nariz chata, salpicada de pecas; la sonrisa pequeña; y elevaba las puntas de los pies al caminar, como toda buena bailarina. Todo en ella parecía un reclamo a la alegría.

Vivía en el centro de la ciudad, en una luminosa casa con dos plantas, muy cercana a su instituto y su academia de ballet.

Quizás no fuera la chica más popular, apenas tenía dos amigos; pero sí era la mejor alumna.

Una mañana, cuando bajó a desayunar, se encontró a su madre y su hermana mayor, Gloria, discutiendo.

-¡Te tengo dicho que no te puedes ir sin desayunar al instituto! ¿Qué es eso de anoche acostarte sólo habiendo cenado una ensalada?

-Mamá, déjame en paz. Sólo estoy haciendo un poco de dieta para perder peso tras la Navidad- su hermana agachó de nuevo la vista hacia la pantalla del móvil.

Gloria era una chica gruesa, pero tampoco exageradamente gorda. Sin embargo, estaba en mitad de una “crisis adolescente”, como solía decir su padre, por perder peso.

-Te tengo dicho que me mires cuando hables. Y deja ya el móvil.

-¡Mamá, estoy hablando por *Tuenti* con mi amiga Inés!- se quejó.

-¿Qué es “Tuenti”?- preguntó inocentemente Rebeca.

-Es una red social, ¿tú no tienes una, pequeña?

-No, ni falta que le hace crearse un perfil en ese tipo de páginas- volvió su madre a la carga.

Pero, por más que quisiera, la curiosidad ya se había apoderado de Rebeca. Aquella misma tarde, cuando terminó los deberes, fue a hurtadillas hasta el despacho de su padre y encendió el ordenador. Navegó por Internet, informándose sobre cómo funcionaba aquella red social.

Aquella misma noche decidió crearse un perfil.

-Chsst, chsst- oyó una voz tras de sí- ¿Qué haces, hermanita?

-Quería crearme un perfil en la red social ésa que dijiste esta mañana.

-Ah- su mirada se llenó de comprensión- Claro, ¿te explico cómo funciona?

-Si prometes cenar al menos un yogur- le susurró.

Gloria asintió y tomó una silla. Pasaron gran parte de la noche en aquella sala, la hermana mayor explicándole a la hermana pequeña todo lo que alguien necesitara saber de Internet.

A la mañana siguiente, al llegar al colegio, una serie de sorpresas esperaban a Rebeca.

-¡Hola!- le chilló su amigo Quique- ¿Qué te has creado un perfil en *Tuenti*?

-Eh... sí- respondió ella, tímida.

-Vi tu solicitud de amistad anoche, ya te he aceptado.

Sonrió y siguió caminando a través del pasillo.

De repente, Berta, la *chica guapa* de su clase y con la que no hablaba nunca, se le acercó.

-¡Hola! ¿Qué tienes perfil en *Tuenti*?

-Sí, ¿cómo lo sabes? Mi hermana lo privatizó para que sólo mis amigos agregados pudieran ver mis fotos.

-Ya, pero sales en una foto con Quique, y yo a él sí lo tengo agregado. ¿Me aceptas la solicitud de amistad?

Rebeca respondió con un leve sí, aunque dudando. Se suponía que sería una red social para hablar con sus amigos, y no es que Berta y ella fuesen exactamente “amigas”.

Cuando se conectó, ya por la tarde, en su casa, se sorprendió aún más: ¡tenía veinte solicitudes de amistad!

Fue repasando una a una, comprobando que conocía a todas las personas. *Bueno, no tengo por qué ignorar sus peticiones, pensó, los conozco, después de todo.*

Instantáneamente después de aceptarlos, varios chicos de su clase comenzaron a hablarle.

Carlos: ¡Hola!

Rebeca: Eh, hola. ¿Por qué me hablas? En clase nunca lo haces.

Carlos: Ya, bueno, pero estaba aburrido. ¿Te molesta que chateemos?

Rebeca: No, por supuesto que no.

No le molestaba chatear con él, claro, pero, ¿acaso se conocían? ¿Por qué, si nunca le hablaba cuando estaban en el instituto, lo hacía a través del ordenador?

Será tímido, se dijo para sí.

-Rebeca- la llamó, horas más tarde, su madre desde la puerta de la cocina- ¿Todavía sigues enganchada al ordenador? Apágalo ya, tienes que ir a clase de ballet.

-Sí, mamá.

Era cierto, había olvidado por completo las clases de ballet.

Cerró rápida como el rayo la ventana del ordenador, y corrió escaleras abajo.

Había sido divertido, después de todo. Tal vez Internet le abriera la posibilidad de entablar más amistades, pensó.

-Ahhhh- bostezó aquella mañana durante la clase de Inglés- qué sueño.

-¿A qué hora te dormiste anoche?- le preguntó su amigo Quique.

-No sé, me fui a la cama a las diez y media, pero estuve conectada a *Tuenti* desde el móvil hasta las dos y media, creo.

-¿Qué estuviste haciendo por Dios?

-¡Oh!, ya sabes- contestó con indiferencia- hablar con la gente.

-¿Con quién hablaste?

-Con Carlos, Sofia, Lidia la de tercero A, Sergio el de segundo B, y Marina, mi compañera de la academia.

-Pero, Rebeca... Tú no sueles hablar con esas personas normalmente.

-¿Y? ¿Es que acaso tú no los tienes agregados como amigos?

-Eh..., sí, pero yo no hablo con ellos hasta las tantas de la madrugada.

Se giró sobre ella misma y se pasó el resto de la clase mirando hacia la profesora con el ceño fruncido. No tenía ganas de escuchar a su amigo echándole un sermón sobre las redes sociales. *Tiene envidia de que a mí me hablen y a él no*, y sonrió con este último pensamiento.

Semanas más tarde, durante el almuerzo, el padre y la hermana de Rebeca se encontraban inmersos en una de sus múltiples discusiones.

-Pero, Gloria, hija, ¡si has perdido cinco kilos! ¿No tienes bastante con eso? ¿Quieres seguir adelgazando?

-Sí, y creo que no te hago ningún daño almorzando espinacas en lugar de ése grasiento filete de cerdo que te estás comiendo tú- le hizo un mohín de enfado y prosiguió revolviendo sus espinacas con el tenedor.

-¿Podéis no gritar? Me duele la cabeza.

-Tienes mala cara- contestó su madre- y muchas ojeras. ¿A qué hora te dormiste anoche, hija mía?

-Pues...- rodó su cabeza hacia atrás y se puso a pensar- No sé. A las tres. Quizás las cuatro.

-¿Tan importante era ese examen de Ciencias Sociales para que te pasaras media noche estudiando?

En realidad, terminó de estudiar a las doce, el resto del tiempo estuvo hablando con Marina y algunas otras chicas de la academia de ballet en un grupo de chat de *WhatsApp* que habían creado.

-Sí- exhaló una fuerte respiración y dijo-: Ah, he sacado un cuatro en Matemáticas. El profesor dice que quiere hablar con vosotros.

-¿UN CUATRO?- toda la mesa se giró hacia ella. La chica elevó sus hombros, como si no viera dónde residía la gravedad en la última frase que había dicho.

-Rebeca, cariño, siempre has sacado ochos y nueves en Matemáticas. ¿Qué te ha pasado? ¿No estuviste estudiando hasta tarde también aquella vez?

Asintió. Apartó la vista para no sentir la mirada preocupada de su madre perforándola. Había pasado la mayor parte del tiempo chateando, en lugar de estudiar.

Bah, en el próximo recuperaré, se convenció.

Por la tarde, mientras trataba de concentrarse en hacer bien los deberes, la tentación pudo con ella y abrió una pestaña en el navegador de su ordenador. Tecléo velozmente la palabra “Tuenti” en la barra de búsqueda, sin mirar siquiera la pantalla.

Cuando se conectó, comprobó en la pestaña de Novedades, que tenía nuevas peticiones de amistad.

Solicitudes de amistad pendientes:

Antonio Molinillo dice ¡Hola guapa! Soy de Málaga, tengo dieciséis años y estoy buscando amistades por Tuenti. ¿Me aceptas? :)

NO LO HAGAS, gritaba desesperadamente una voz en su interior. Pero, ella *sólo* tenía doscientas personas agregadas a su lista de contactos, y el chico era casi de su edad, y, y...

Por cientos de inexplicables e irrazonables motivos, aceptó aquella petición de amistad.

No debes pensar que Antonio era un mal chico, o un pederasta, o algo por el estilo.

Era cierto que sólo era un chico aburrido en su casa con ganas de charlar con alguien.

Muy pronto, él y Rebeca entablaron amistad. Chateaban casi todos los días, a ambos les gustaban los mismos grupos de música, las mismas películas...

Otra tarde, Rebeca preguntó a Antonio:

Rebeca: Oye, ¿Tú conoces a un tal Sebastián López? ¿O a una Miriam Cano?

Antonio: Sí, son amigos míos, ¿por?

Rebeca: Nada, me han agregado, ¿los acepto?

Antonio: ¡Claro! Es que quieren conocerte :-)

Quieren conocerme, se regocijó con la idea.

Rebeca ha subido una foto: “UFFFFFF, QUÉ CANSANCIO DE ENSAYAR PARA EL CERTAMEN DE BALLET!!!”

-Un, dos, tres, Carlota, ese *plié*- la mujer taconeaba al compás con la música que salía del piano del fondo de la sala- cuatro, cinco, seis, Marina, sigue el ritmo- palmeó en dirección a la alumna- siete, ocho, nueve, ¡REBECA POR FAVOR! ¡VAS FUERA DE TIEMPO COMPLETAMENTE!

La profesora de ballet era una cincuentona con patas de gallo y voz ronca. Solía irritarse por los fallos más inverosímiles, aunque a Rebeca nunca la había regañado.

-Perdone, profesora, he estado algo distraída.

-Ya- se frotó la frente con gesto cansado-. Nunca te había visto así. Será mejor que ensayes tu parte en casa también, la función es la próxima semana.

-Claro- contestó, feliz.

...Pero lo de ensayar en casa, bueno, estaría difícil. Los comentarios, fotos y conversaciones en *Tuenti* con sus ya más de quinientos amigos agregados ocupaban la mayoría de su tiempo libre- y no tan libre.

-No me puedo creer que se te haya olvidado hacer la tarea de Lengua- se quejó su madre mientras firmaba la nota de atención que le había escrito el profesor de Lenguaje en la agenda- ¿Qué estuviste haciendo? ¡Rebeca! ¡Deja el *WhatsApp*!

La chiquilla levantó la vista del móvil, asustada. Se relajó conforme la arruga que se le formaba a su madre en el entrecejo lo hacía también.

¿Quieres salir conmigo?, le había preguntado Antonio aquella tarde. Y ella le había dicho que sí. Él iba a ser su... su primer novio. Sonrió.

-Vamos, vamos, vamos- las apremió la profesora. Era el momento: la actuación iba a comenzar.

Rebeca salió al escenario y miró al público, buscando a su familia. Todos habían ido a verla, era su gran momento.

Empezó a girar sobre sí misma, marcando los pasos que tanto había ensayado. Sin querer, se torció un pie y casi tiró a toda la fila de bailarinas.

Miró cohibida hacia el público. *No lo habrán notado*.

Seguía moviéndose al ritmo de la música, aunque iba a destiempo y se sentía mareada. La noche anterior ni siquiera se había acostado: se desconectó de Internet a las seis, y su despertador sonaba a las siete. Además, sentía dolor de tripa y tenía la mente embotada. Si tan sólo hubiera desayunado en lugar de ponerse a hablar con sus amigos por *WhatsApp*...

Las luces la molestaban. Hubo un momento en que su cuerpo era un completo trapo; no recordaba cómo bailar. Además, sus piernas y brazos no se movían de la forma en que les decía que lo hicieran.

Todo se volvió oscuro, mientras ella se agachaba y vomitaba en mitad del escenario; todos los presentes exclamando “ohs” y “ahs”.

-Lo has estropeado todo- chilló la profesora, limpiándole el vómito del tutú.

-Rebeca- susurró su padre, haciendo acto de presencia en la sala de maquillaje del teatro- será mejor que volvamos a casa.

La chica siguió a sus padres y su hermana a la salida del teatro, cabizbaja.

Nadie comentó nada al respecto durante todo el trayecto en coche, ni durante la cena. Tampoco es que ella quisiera que lo hicieran.

Ya más tarde, cuando se tumbó sobre su cama y encendió su portátil leyó pausadamente todos los comentarios que le habían dejado en su muro, preguntándole por la actuación.

Nuevo estado: Hay días que es mejor olvidarlos.

Su *novio* y todos sus *ciberamigos* trataron de consolarla.

Bueno, tenían razón. ¿Tan importante era que hubiese fallado en su actuación? Todos tenían un mal día.

El resto de la noche continuó hablando con sus amigos, contándoles todos los detalles de su “desliz”.

Al día siguiente, en Informática, se conectó a *Tuenti*.

-¿Quién es Antonio Molinillo?- inquirió Quique.

-Es...- se sonrojó- Mi *novio*.

-¿Qué- Quique la miró- ¡Si no lo conoces!

-Sí... De *Tuenti*.

-¡Pero no es de aquí!- recalcó.

-No, pero va a venir a verme en verano.

Sentía el calor que inundaba sus mejillas.

-Igualmente, no está bien. Es como..., espera, ¿quién diantres es “Nacha”?

-Una amiga mía de Perú.

-¿Qué? No son tus amigos-masculló.

-Sí lo son. Internet te permite acercarte a personas lejanas-se defendió.

-Y alejarte de personas cercanas, por lo que veo. ¿Cuándo fue la última vez que quedamos para tomar un batido o algo?

Rebeca agachó la mirada; no quería encontrarse con los ojos almendra de su amigo cargados de rencor. Ciertamente, llevaban tiempo sin quedar juntos con él, ¿y qué? Tampoco es que hubiese estado sin hacer nada.

Aún así, no pudo evitar sonrojarse.

Tecléo el mensaje de vuelta, mientras contestaba a la vez la llamada de móvil.

-¿Qué dices, Ángela? ¡No, no me lo puedo creer! ¿En serio? Espera, mándame un mensaje por *WhatsApp* con la foto, ja, ja

Toc, toc, sonó la puerta de su habitación.

-Ángela, espera un momento- se puso el auricular sobre el hombro, y gritó a un punto inexistente tras la puerta- ¿Quién es?

Gloria entreabrió tímidamente la puerta. Estaba ojerosa y blancuzca; no tenía muy buen aspecto. Había perdido varios kilos más, se notaban todos los huesos de su torso. Se retiró en un movimiento nervioso el pelo de la cara, las rojizas ondas de cabello cayendo tras su espalda.

-¿Qué quieres?- se exasperó, cruzándose de brazos- Estoy ocupada.

-Yo... Había algo que quería decirte...- los ojos de Gloria vagaban a través de la habitación, tan rápidamente como los espasmos nerviosos que se apoderaban de sus manos y sus pies.

-Sí, estás más delgada. ¿Contenta?

Su hermana esbozó una amplia sonrisa, mostrando una brillante hilera de perfectos dientes.

-Sí... Quiero decir... No, pero...

-¡Gloria, tengo muchas cosas que hacer!- señaló la pantalla del ordenador frunciendo el ceño.

Gloria dio media vuelta, cabizbaja, y musitó un apenas audible *adiós*, mientras la puerta se cerraba tras de sí.

Rebeca decidió no prestar especial atención al detalle; *cosas de adolescentes con las hormonas revolucionadas*, se dijo. Y volvió a su efusiva conversación con su amiga Ángela, una argentina que había conocido en un foro virtual.

Toc, toc, se oyó, de nuevo.

Esta vez, fue la misma Rebeca la que se levantó y fue a abrir la puerta.

-¿Qué pasa, papá?

Los oscuros ojos de su padre escudriñaron el cuarto, haciendo especial incidencia en el escritorio sobre el que reposaba el ordenador.

-Es hora de cenar, ¿no piensas bajar?

Mostró aspecto de superioridad, altiva ante su padre.

-No tengo mucha hambre.

-Está bien- suspiró, aparentemente cansado.

Un rato más tarde, la puerta volvió a sonar, pero cuando fue a abrir, descubrió un plato con un sándwich mixto sobre él, acompañado de la nota: “Si quieres, la próxima vez te mandamos un *WhatsApp* para que bajes a cenar. Mamá y Papá”.

Tras comerse el sándwich, Rebeca se cambió de ropa y se metió bajo el edredón, disponiéndose a su sesión nocturna de chateo con sus *ciberamigos*.

Sin embargo, no podía concentrarse. Su dormitorio lindaba con el cuarto de baño, y eso hacía que escuchara claramente todo lo que pasaba en esa habitación. El nítido sonido de líquido descendiendo a través del inodoro la incomodaba. ¿Qué pasaba?

A hurtadillas, salió de su cama, se calzó las zapatillas, y se dirigió de puntillas hacia el cuarto de baño.

Lo que encontró al abrir la puerta, la dejó helada. Su hermana estaba arrodillada sobre la taza del váter, el color en sus mejillas desvanecido, los ojos inyectados en sangre, vómito por todas partes.

Oh, no. Desvió su mirada hacia los dedos índice y corazón de la mano derecha de su hermana, cubiertos especialmente de vómito, lo que le indicaba que no había sido un accidente como en el caso de su actuación de ballet. Aquello había sido intencionado. Se estremecía de tan solo pensarlo.

Se acercó hacia ella. Le tomó el rostro entre las manos, y la obligó a mirarla.

-Eh, hermanita, vas a estar bien, ¿vale?

Su hermana entrecerró los ojos, y asintió sin apenas fuerza. Rebeca trató de reprimir las lágrimas; tenía que ser fuerte, al menos, delante de Gloria.

-Lo siento Gloria, oh Dios, estás enferma. Necesitas ayuda. ¿Era eso lo que me ibas a decir? Debí haberte escuchado- susurró.

La culpa se propagaba a través de ella, produciéndole un terrible dolor en la boca del estómago. La primera lágrima cayó mientras recogía con una toalla el vómito del suelo.

La noche de Rebeca no fue fácil: tuvo que limpiar todo el cuarto de baño, duchar y cambiar a su hermana, obligarla a comer un poco de puré que encontró en la nevera, y después acostarla. ¿Qué iba a hacer? Su hermana era bulímica. Y ella no se había dado cuenta. Había estado tan pendiente de su vida, que no había visto cómo se desmoronaba la de su hermana. Debía contárselo a sus padres. Pero, ¿cómo?

Silenciosas lágrimas empaparon su almohada, mientras los fantasmas de la culpa la carcomían. Desde luego, no sería una noche sencilla aquélla.

Analizando sus actitudes durante los últimos meses, Rebeca se daba cuenta de cuánto había cambiado. Ya apenas salía de su cuarto, no entablaba conversación con sus amigos del colegio, no estudiaba... Ni siquiera tenía ya la confianza suficiente con sus padres para contarles lo acontecido con su hermana.

Un remolino de emociones se formaba dentro de ella, predominando especialmente la incertidumbre, la culpa y el miedo. ¿Cómo explicar lo que había visto?

Sus nerviosos dedos trataron de teclear un falso “No” a la pregunta de Antonio sobre qué le ocurría.

Antonio: No, algo te ha ocurrido, no me digas que no. Cuéntamelo, puedes confiar en mí.

Algo estalló dentro de ella y la dejó rota en mil pedazos. Las lágrimas comenzaron a surcar su rostro, al tiempo que respondía:

Rebeca: Mi hermana es bulímica

Y se sinceró completamente. Se volvió transparente ante su *cibernovio*, y relató con detalle todos aquellos sucesos que habían abierto una herida en ella; todas esas pesadillas que la habían atormentado durante varias noches se materializaron ante ella.

Antonio: No pasa nada. Mejor no se lo cuentes a tus padres, se preocuparán; intenta llevar a tu hermana al médico o algo, ¿no? :-)

No era la mejor solución, pero en esos momentos era lo mejor a lo que aferrarse.

Los días siguientes, Rebeca tuvo que desconectar un poco de su mundo virtual, para seguir a su

hermana, obligándola a comer y vigilando que después no corriera a intentar vomitar.

Una tarde, estaba buscando en Internet información sobre ayuda para gente con trastornos alimenticios, cuando su madre hizo acto de presencia en el dormitorio.

La ira en su rostro era más que evidente.

-¿Qué ocurre?- preguntó la chica con fingida inocencia.

-No sé, explícamelo tú.

De repente, lo recordó: ¡era el día que su madre tenía cita para hablar con su tutor!

Tragó saliva.

-Mamá, esto, yo...

-¡Ni mamá ni nada! ¡¿Cómo puede ser que pases de sacar sobresalientes a que hayas suspendido seis exámenes?! Y, ¿cuándo pensabas decirme que te habían pillado conectada a *Tuenti* en clase de Informática? ¿O que te habían quitado el teléfono móvil durante clase de Francés?

-Es que, mamá...- las disculpas y los arrepentimientos se acumulaban, pero por más que luchara por sacarlas era incapaz de articular palabra. De nuevo, las lágrimas comenzaron a picar en las esquinas de sus ojos.

-No habrá más ordenador, ni más clases de ballet, ni nada de nada. Me has decepcionado, Rebeca- esa última frase fue la más dolorosa; se quedaría para siempre grabada en ella.

Días más tarde, se conectó furtivamente a *Tuenti* durante la noche.

Antonio: ¿Qué, por qué no me hablas? ¿Pasas de mí o qué?

Rebeca: Antonio, verás, esto no creo que...

Antonio: No, me estás engañando, ¿a que sí? Te vas a enterar, te vas a acordar de mí.

Cerró la conversación de chat. En aquellos momentos de su vida, lo que pensara o no aquel chico era lo más insignificante. Además, como había dicho Quique, ni siquiera *lo conocía* realmente.

Más tarde, su padre llamó a la puerta.

-Quique al teléfono- dijo sin apenas inmutarse, su expresión dura.

-Enciende el ordenador y teclea la dirección que te voy a dictar. Es importante que veas esa página- se apresuró a decirle, antes incluso de que ella contestara con el típico “Dígame”.

Su tono de voz demandaba rapidez, así que la joven hizo lo que le había ordenado.

Se quedó de piedra al descubrir un blog, cuyo título era “La Hermana Gorda y otros melodramas”, y que había sido creado por Antonio.

En él contaba minuciosamente, palabra por palabra, todo lo que Rebeca le había confiado sobre el problema de su hermana. Además, había incluido otros detalles que eran completas mentiras y bulos.

Fue como si algo la golpeará con fuerza. Nunca había sentido nada así.

Un grito ahogado salió de ella, acompañado de desgarradoras lágrimas y patadas al ordenador, que quedó hecho trizas en el suelo.

Ella había confiado en Antonio. Le había pedido consejo. Se había sincerado; a fin de cuentas, le creía su *novio*. Y él había utilizado todo eso en su contra.

Su madre subió corriendo, y se agachó al suelo donde Rebeca se hallaba delirando y llorando. La abrazó.

Un solo pensamiento coherente llegaba en medio de la frustración, el dolor, la ansiedad, y las picantes lágrimas: Quique tenía razón. Él le advirtió que la gente tras la pantalla no eran sus amigos. Pero ella no le creyó. No había sido capaz de contarle a sus padres el serio problema de su hermana y, sin embargo, sí lo había hecho con Antonio. ¿En qué estaba pensando?

Sus padres, su hermana, su mejor amigo Quique, siempre habían estado ahí. Los había descuidado, al igual que sus estudios y sus lecciones de ballet. Se había perdido comidas, había pasado noches en vela hablando con Antonio y otras muchas personas que nunca llegaría a conocer.

El cristal de autoengaños con el que llevaba meses protegiéndose se comenzó a fragmentar, hasta romperse finalmente en miles de trozos.

Y allí, en mitad del llanto, arropada por los brazos protectores de su madre, se dio cuenta de cuán equivocada había estado todo este tiempo.”

La abuela finalizó su relato y miró hacia Ainhoa. De nuevo, su nieta estaba allí parada, con las lágrimas a flor de piel. Había sido una narración tan crudamente realista, que por un momento la niña sintió que ella era Rebeca.

-Pero... Abuela...- comenzó, titubeando un poco. No sabía cómo expresar todo lo que quería preguntar- No me puedes dejar así, ¿no? ¿Qué fue de Gloria? ¿Y Antonio? ¿Y los padres? ¿Y Rebeca?

Las dudas se amontonaban y salían de su boca atropelladamente.

-Calma, cariño.- le contestó su sabia abuela, acariciando la manta sobre la que había permanecido sentada todo aquel tiempo – Después de ese día, obviamente Rebeca contó todo lo sucedido a sus padres. Gloria fue ingresada en el hospital. Gracias a la ayuda de su familia consiguió superar el trastorno que padecía. Denunciaron a Antonio por difamación y calumnia, y tuvo que cumplir con horas extras para los Servicios a la Comunidad.

-Pero, ¿qué fue de Rebeca?- inquirió, aún ansiosa. Quería conocer al detalle todo lo relacionado con la vida de aquella chiquilla.

-Bueno, pues, Rebeca...- la mirada de la abuela se llenó de nostalgia, de nuevo- Sólo utilizaba Internet y las redes sociales en su justa medida. Volvió a salir a tomar batidos con Quique, a sacar buenas notas y a practicar duramente sus lecciones de ballet.

-¿Qué es de ella ahora?

-Ella, en fin,- por primera vez en toda la noche, la anciana mostró una amplia sonrisa- llegó a ser una famosa bailarina, a nivel internacional, incluso. Ahora está retirada y vive con su hijo mayor y su familia.

Y, entonces, fue como si algo hiciera clic en la mente de Ainhoa, y todas las piezas encajaran: la tía abuela Gloria. La niña bailarina. La aversión de la abuela a todo lo relacionado con Internet.

-Dios, abuela, ¿eras...?

Su abuela movió la cabeza en señal de afirmación, y dejó escapar un largo suspiro.

-No me malinterpretes, cielo. Seguí utilizando Internet. Conocí buenas personas, a veces. Pero no dejé que eso volviera a convertirse en mi prioridad.

-Pero, abuela...- una diminuta lágrima se derramó a través de la mejilla de la niña- Tú podías correr. Y salir. Yo no.

La mujer sonrió en señal de empatía.

-Internet, las redes sociales... Son un complemento a nuestra vida. Yo traté de convertirlos en *otra vida*, y además prioricé ésa sobre mi vida real. Al final acabé por casi destruir las dos.

Ainhoa observó a su abuela, estudiando su afable rostro.

-Quieres decir... Que debo saber dosificarlo todo en su justa medida.

-Exacto. Aunque tus amigas tengan que venir aquí cada vez que queráis merendar juntas, siempre será mejor a que no vengan porque tú estés absorbida por el *cibermundo*. Es cuestión de encontrar la forma de dejar tu huella en Internet, pero haciendo algo que sea realmente bueno.

La niña asintió, comprendiendo por fin el significado de lo que su abuela trataba de transmitirle.

-Buenas noches, mi princesa. Te quiero.

-Buenas noches, Abuela. Ah, y yo te quiero más.

Tras este saludo, una especie de rutina entre ellas, la abuela se levantó y salió del dormitorio de la joven Ainhoa, confiando en que la niña se fuera a dormir.

Pero no lo hizo. Tomó el ordenador y abrió el buscador de Internet.

Era hora de dejar su huella en la red.

CUENTOS A LA NIÑA DE CRISTAL

Mi abuela es una sabia y anciana mujer. El pelo de color azucarado le cae en ondas sobre la frente cuando no se lo recoge en un moño. Sus ojos, de un insólito azul oscuro, son profundos y te puedes perder en ellos mientras te cuenta una historia, con esa voz profunda y soñadora. Sabe lo que decir en cada momento, y cómo lograr que me sienta bien. Con sus historias, me ha permitido aprender de la vida, reír, llorar, disfrutar, creer en mí y en mis posibilidades... Y, sobretodo, me ha enseñado a soñar.

“Internet te acerca a personas lejanas, pero te aleja de personas cercanas”.

Con ese título, comenzó a escribir el relato sobre la adolescencia de su abuela, que ésta acababa de narrarle. Sería el primer relato en aquel blog, pero no el último.